

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLEOPATRA

Estos días vivimos bajo la obsesión de Cleopatra y Marco Antonio. Una época decisiva en los anales de la humanidad sale del olvido en que yacía sepultada; olvido relativo, porque la historia está ahí para recordárnosla incesantemente a los que gustamos de las sonoras canciones con que la historia sabe arrullar. Pero estos tales somos pocos, y la mayoría no se acuerda de Cleopatra, a pesar de la eterna seducción de esfinge que rodea y envuelve a la hija de los Lágidas, la gitana que pudo cambiar la faz mundo.

Contrapuestos y en lucha los pareceres; zarandea la cuestión de la tragedia *Cleopatra* por plumas y lenguas, en nada contribuyera a esclarecerla un dictamen más, y no será el mío el que venga a sumar confusiones a las que ya abundan en la discusión de la tragedia arreglada por Eugenio Sellés con escenas de Guillermo Shakespeare. Mi opinión, por otra parte, no podría menos de resentirse del ascendiente que en mí ejerce, no sólo la ilimitada admiración por Shakespeare, sino la amistad hacia Sellés, autor por tantos conceptos celebrado y famoso. Respecto a Shakespeare, no hablo de memoria al estampar esa palabra tan prodigada: *admiración*. Más de un año, acaso dos, me los pasé leyendo y releendo a Shakespeare en el texto inglés; de suerte que, involuntariamente, aprendí de memoria innumerables frases y trozos enteros de sus mejores dramas y comedias, y llegué a considerar sus obras como se consideran esos libros capitales donde todos encuentran lo que buscan, y que, abiertos al azar, siempre ofrecen una sentencia o lección adecuada a la necesidad de quien los consulta. Tan familiarizada llegué a encontrarme con Shakespeare, que de noche, en familia, durante las veladas de invierno, solía coger el texto y traducir en alta voz, de corrido y sin diccionario, alguno de sus mejores dramas. Hay en Shakespeare — autor que rebasa del límite puramente literario y llega a la *super-literatura*, a eso que parece flor espléndida de la naturaleza y no engendro de la ficción — una originalidad que en parte es propia de su raza y de su tierra, y en parte mayor, fruto del temperamento dramático más poderoso que produjeron los siglos, y acaso producirán nunca. Originalidad verdadera, tanto más verdadera, personal é íntima, cuanto que entre los asuntos de los dramas y comedias de Shakespeare, tal vez no existe uno solo que rigurosamente le pertenezca: son tomados de aquí y de allí, de la tradición, de la leyenda, de la historia, y sobre todo del teatro ajeno; algunos (como *El moro de Venecia*) habían sido explotados ya por varios autores cuando Shakespeare les echó la zarpa leonina.

Y también hay en Shakespeare — negarlo sería graduarse de fanático — mil rarezas, desplantes, extravagancias, trivialidades y groserías, imposibles de llevar a la escena contemporánea, en la cual no faltan ciertamente groserías y trivialidades, pero... de otra índole. Los *gongorismos*, digámoslo así, de Shakespeare; los alambicamientos, ampulósidades y arabescos de su musa — parecidos a inverosímiles dislocaciones

de *clown* británico — son otra dificultad con que tropezará de fijo quien emprenda una adaptación de Shakespeare al teatro moderno. «¡Vaya si por acá cocemos las habas del gongorismo!» — me dirán. — «A calderadas — respondo. — Sólo que nuestras habas gongorinas se parecen a las inglesas como se parece un *plum pudding* a una morcilla extremeña ó una sobreesada de Mallorca.»

Esto quiere decir (implorando disculpa por lo vulgar de la comparación culinaria) que Shakespeare, autor universal si los hubo, es muy inglesazo; como todos los genios, lleva en la planta de los pies tierra del suelo donde nació, tierra que pesa a veces en las alas del drama (porque en las comedias, sobre todo en *La doma de la Tarasca* y en *Como gustéis*, están iluminadas con reflejos vivos y graciosos del sol meridional.)

Volviendo a *Cleopatra*, no muy festejada ni halagada por el público de Madrid, diré que, sin ser de lo mejor é indiscutible de Shakespeare, es uno de sus dramas históricos que tienen el privilegio de interesar y dejar profunda huella en la memoria. La gitana, la sierpe del Nilo, al través de tantos siglos, aún nos fascina, aún se nos enrosca al pecho. Es la última hechicera de la antigüedad; la última que, según la expresiva frase de Salomón, arrebató los corazones sólo con el crujido de las sandalias. Los encantos del Oriente se condensan en Cleopatra para rendir a sus pies al Occidente triunfador.

La biografía de Cleopatra, conocida y narrada con suma riqueza de detalles, es una novela psicológica, de sentimiento actual, contemporáneo. Hija de Tolomeo Auletes, que falleció el año 51 antes de Cristo, Cleopatra, casándose con su hermano Tolomeo, ocupó a los diez y seis años el trono de Egipto. Tenía por capital de sus Estados una ciudad prodigiosa: Alejandría, la de las perspectivas ilimitadas, la del puerto bullicioso, la de los monumentos gigantes — entre ellos una Biblioteca de setecientos mil volúmenes: — un París cosmopolita de entonces, floreciente y corrompido, intelectual y comercial, con barrios enteros de gente opulenta, de edificios de mármol y jaspes, y barrios de miseria, ya sospechosos y peligrosos como son hoy algunos de Londres. Cleopatra era ambiciosa: quería el poder absoluto, y pronto su talento, su cultura y su carácter la hicieron única soberana, excluyendo al débil rapaz a quien llamaba hermano y esposo. Con las armas en la mano, disputáronse el poder los dos hijos de Tolomeo Auletes: la victoria definitiva sería para el que lograra la protección del omnipotente Julio César; y éste permanecía indeciso, inclinándose más bien al hermano. Era que no había visto a Cleopatra, y como hacerse ver de César era difícil, pues el enemigo guardaba las entradas de Alejandría por tierra y mar, discurrió Cleopatra una estratagema: hízose envolver y empaquetar en un saco de jerga, como una mercancía, y a hombros de un fiel servidor fué llevada hasta la misma cámara del romano. Abrióse el envoltorio, y salió de él la que los historiadores de su tiempo han llamado *hermosa entre las mujeres*.

No fué necesario más. César pertenecía a Cleopatra y era dueño de Roma, y contra viento y marea la restableció y aseguró en el trono. Tolomeo pereció ahogado en el Nilo, y el dictador y la reina, a bordo de su palacio flotante, cuyos techos incrustan las amatistas, los topacios y las ágatas preciosas, entre cánticos y festines, van por el Nilo abajo, en delicioso viaje, pasando la luna de miel. Un hijo, Cesarión, es el fruto de sus amores. César, cada vez más subyugado, lleva a Cleopatra a Roma a que asista a su triunfo, y por un instante la orgullosa Roma, inclinándose ante la reina extranjera amada de César, empieza a temer que a sus dioses sustituyan los númenes del Egipto, el ladrante Anubis y Ra el del pico de buitre — sin sospechar que muy en breve un Dios de verdad iba a dejarlos iguales a todos. — César, enloquecido, erigió en el templo de Venus la estatua de oro de Cleopatra; murmuró que quería legar el imperio romano al hijo de la egipcia, y Bruto y Casio, al esgrimir el puñal contra el gran César, contaron con la impopularidad que le atraían tales rumores.

Asesinado César, Cleopatra se volvió prudentemente a Alejandría, y prestó apoyo al partido de los vengadores del muerto; pero fué su apoyo tan inhábil y tan inútil, que Marco Antonio, después de la batalla de Filipos, antes se creyó enemigo que aliado de la soberana de Egipto. Suele producirse en el destino de los humanos — y especialmente en ciertos destinos trágicos, inmensos, destinados a llenar la historia — un curioso fenómeno de reincidencia: dos veces el golpe de la suerte se ofrece de un modo idéntico, y se produce, casi con las mismas circunstancias, igual crisis en la vida. Por segunda vez Cleopatra veía pendiente su corona, su grandeza y su

existencia del capricho del árbitro del mundo, y el árbitro del mundo le era adverso; y por segunda vez, según había seducido al omnipotente César, se proponía seducir al omnipotente Marco Antonio. Por segunda vez también bastó que se mostrase, que apareciese ante los ojos del caudillo romano. Y si había deslumbrado a César saliendo de un saco de burda tela y exhibiendo el esplendor de su juventud, ahora, más artificiosa y más experta, madura para los filtros amorosos, ideó el efecto teatral que, después de hechizar a Marco Antonio, todavía excita, a la vuelta de diez y nueve siglos, la imaginación de cuantos sienten el arte y la belleza: la aparición en Tarco, remontando el Cidre en un bajel que parece concha de oro, con velas de púrpura, «tan perfumadas, que en ellas el aire enfermaba de amor;» remos de plata, «que hacían gemir de amor a las olas,» y bajo el toldo de áureo tisú que la defiende de los rayos solares, Cleopatra, en representación de la diosa Afrodita, cercada de niños y de lindas muchachas que figuran los Amores, las Ninfas, las Gracias y las Nereidas, mientras las flores inundan el suelo, los aromas se elevan en espirales sutiles desde los cincelados pebeteros, y una orquesta suave, oculta en las entrañas del buque, acompaña las canciones lánguidas como suspiros y los himnos voluptuosos que turban el alma. No era preciso tanto para que fuese Marco Antonio — durante toda la vida y hasta la muerte trágica que le costó su pasión — el esclavo sumiso de la gitana; más esclavo que César, el cual no llegó al extremo de envilecerse y degradarse.

La segunda etapa de la vida de Cleopatra es sobrado conocida; tiene una hermosura magnífica y una realidad terrible; ha inspirado a pintores, escultores y poetas. Shakespeare la escogió para el drama cuya refundición ó reducción tanto se ha discutido en Madrid estos días, y que ya su traductor Sellés ha retirado del teatro. De los tres dramas trágicos de Shakespeare que tienen asunto romano (*Coriolano*, *Julio César*, *Antonio y Cleopatra*), este último es el que ofrece los elementos de una creación pasional. No hay público alguno que no sea capaz de sentir la pasión; y la pasión, en toda su fuerza y energía, con toda su destructora actividad, con su mezcla de ceno y de oro, es la clave del episodio de Antonio y Cleopatra: Antonio no es un capitán ni un político, sino un enamorado, a quien el fuego del mal de Fedra y Safo devora la médula de los huesos. Si Shakespeare, prescindiendo de la política y de la guerra, sólo hubiese visto en Antonio la pasión, haría una tragedia rival de *Otelo*. No lo hizo así por atenerse a la historia, al través de la cual, sin embargo, se trasluce bien el carácter íntimo, *lírico*, del episodio de Antonio. En los amores de la reina de Egipto y del triunfador romano, y en su tremendo desenlace, no hay una tragedia, sino infinitas tragedias; cada actor puede entresacar la suya; la cantera es inagotable; numerosos pasajes de Plutarco, de Dion Casio y de Josefo pueden servir de bases para lo que llama Sardou *la scène a faire*; la escena conmovedora, que ha de estremecer al público electrizado de entusiasmo. ¿Que cómo se escribe esa escena? ¡Ah! Ahí está el secreto del genio dramático, ahí el albur del acierto... Acaso no se escribirá nunca. Acaso, ¿quién sabe?, el hecho de que una Cleopatra de Shakespeare, arreglada por autor tan ilustre como Sellés, no haya sido bien recibida, excitará el amor propio de algún dramaturgo, que intente de nuevo la formidable empresa...

Yo me alegraría de que así sucediese. Cleopatra, con sus arterias, sortilegios, gracias y monadas gitanas; su mezcla singular de debilidad femenil y viril firmeza; su insaciable ambición y su anhelo, que dos veces estuvo a pique de realizar (sin más armas que sus ojos) de imponer la ley del Oriente a Roma y al mundo occidental, lo cual hubiese variado por completo la dirección de la historia y de la civilización, hasta un extremo que nos es imposible concebir; con su tranquila expectación de la muerte, dedicándose a buscarla lo más dulce posible, semejante a un sueño delicioso; con su resolución intrépida de no ser llevada a Roma como lo había sido su hermana Arsinoe; de «no ser triunfada;» de no entrar, en medio de la rechiffa y los insultos del populacho, allí donde se había elevado su estatua de oro, su estatua de diosa..., es algo que comprendo que arrastre y seduzca a nuestro siglo y le dé el bebedizo que trastornó la razón a César y a Antonio; y el poeta que consiguiese evocar a Cleopatra, despertar a la momia de su apacible sueño, reanimarla y devolver la vibración a sus nervios y el calor a su sangre, segura tendría una ovación en cualquier teatro; porque Cleopatra ya no tiene patria; ó mejor dicho, es cosmopolita como Alejandría.

EMILIA PARDO BAZÁN